

# CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

SEGUNDO PREMIO:

## Apariencias, fuente de engaño, fuente de sorpresa

Adrián Gil Korilis

Sus delgados y arrugados dedos se movían entre los tejidos férreos, como hormigas ávidas en busca de una presa. Trozos de piel marrón manchaban la parte blanca de sus uñas, en un intento fallido de huir de sus insaciables cazadoras. Mientras la carnicería se comecía, sus ojos miraban al cielo, titubeantes, inquisitivos. ¿Qué hora sería? Su inaudita capacidad de analizar la posición solar cuando esta pregunta bombardeaba su mente había comenzado a fallar. ¿Qué le estaba pasando? Sus pestañas se juntaron rápidamente una y otra vez, en una intensa tentativa de despejarse. El aire helado que había mantenido sin darse cuenta en su caja torácica salió disparado a través de sus ardientes fosas nasales, esparciendo los restos de la degollina alrededor de sus carnívoras manos. Era el cansancio acumulado en los últimos días, tan solo necesitaba sentir la delicadeza de la tela en sus ásperas piernas, en sus puntiagudos pies... Sus dientes brillaron a la luz del atardecer mientras se llevaba una mano a la boca. Por lo menos paliaría su gazuza... Pero las comisuras de sus labios ya se estaban curvando en una macabra sonrisa cuando el dedo le tocó la espalda

–Disculpe, ¿me permite? –demandó una voz a sus espaldas.

La insólita mujer se echó hacia la izquierda, mientras continuaba accionando con el pie derecho el pedal que mantenía el contenedor abierto como las fauces de un escualo. Tras dibujar amplias y repetidas corcovas con los

brazos con el mero objetivo de no caerse, consiguió por fin recuperar el equilibrio en una posición digna del volatinero más exquisito. Un hombre de estatura mediana, mirada aguda, gafas de concha y escasos cabellos níveos, dueño indudable de la voz, se apresuró entonces a depositar una bolsa de plástico azul en el contenedor, sin dejar de escanear a la extraña fémica.

–Por supuesto, perdone –contestó esta.

El hombre no se demoró en volver a subir a la acera, pues los contenedores se encontraban en un lugar apartado a ras de la carretera. La mujer volvió a su posición inicial mientras fruncía el ceño, mirando al suelo. Varios entes, que parecían ser pistachos, se encontraban entonces esparcidos entre el asfalto, fruto de la impar cabriola. Se apresuró a agacharse y volver a depositarlos en una bolsa que sujetaba en su mano izquierda, mientras el pie derecho seguía presionando el pedal del contenedor.

–Disculpe que le interrumpa de nuevo –intervino otra vez el hombre, que no había abandonado su férrea posición–. ¿Me permite preguntarle qué está haciendo?

–Sin duda, descuide. Estaba disfrutando de estos pistachos tostados, que al parecer prefieren suicidarse a acabar en mi estómago. ¿Eh, pillines? –la mujer rio por lo bajo mientras llevaba una mano a la cintura y volvía a incorporarse.

–¿Y por qué no deja caer la tapa del contenedor?

–Bueno, no es que me parezca correcto tirar las cáscaras al suelo –respondió ella orientando su cuerpo levemente hacia la derecha para poder mirar directamente a su interlocutor.

–Ah, es usted uno de esos obsesionados con el reciclaje, entonces.

–En absoluto. Me he acercado aquí para tirar los restos de... mis crímenes –hizo un sonido gutural con la garganta antes de continuar–, pero no quería irme sin deshacerme de los siguientes, y como no he parado de comer... Pues aquí sigo, qué quiere que le diga.

Las perspicaces pupilas del hombre fueron desde las plásticas botas verdes militar hasta el gorro de lana gris adornado con un pañuelo beige en forma de flor, pasando por la pelliza glauca y la falda aceitunada con estampados orientales que llegaba hasta la enclenque pantorrilla. Unas gafas de pasta negra fina, que colgaban de un cordón cenizo alrededor del cuello, completaban la singular amalgama.

–¿Seguro que no está buscando nuevos accesorios para su outfit? –cuestionó el otro.

–¿Se refiere a mi ropa? –la mujer se miró los suaves leotardos cetrinos–. Bueno, obviamente no es su elegante camisa índiga ni sus zapatos lustrosos, pero tampoco hay que llamarla basura, ¿no cree? Es de comercio justo.

–Comercio... ¿justo?

–Sí, ya sabe –abrió ampliamente los ojos ante la negativa del hombre–. Ropa confeccionada en unas condiciones mínimas para los trabajadores, se les paga dignamente, se les asegura un contrato, se les proporciona una vivienda... Bangladesh, India, Pakistán...

–Ah, esas bananías –hizo un gesto con la mano–. Yo soy amante inflexible del made in Spain.

–Bah, eso sí que son patrañas –contestó la mujer, mientras buscaba en su bolsa una nueva víctima que llevarse a las fauces.

–¿Disculpe?

–Quiero decir, eso sí que son embustes. La ley permite la etiqueta “made in Spain” a todo aquel producto inacabado que es terminado dentro del territorio nacional para su venta. Pero si un zapato hecho en Bangladesh entra en la península por el puerto de Barcelona, y su respectiva pareja lo hace por el de Valencia, juntarlos y meterlos en una caja ya se considera como acabar el producto –mordisqueó un pistacho mientras el hombre la observaba, turulato–. ¿No se ha parado nunca a pensar qué enigmas oculta la legislación?

–La verdad es que no.

–Pues se lo recomiendo, sin duda. Es un pasatiempo de lo más entretenido, y además eso sí que es “made in Spain”, por lo que seguro que lo disfrutará –lanzó las cáscaras al contenedor, que aún permanecía abierto–. Hay un libro, De parte de la princesa muerta, ¿le suena?

–Lo siento –negó el hombre.

–¿No? Bueno, habla bastante del tema, pero no le quiero adelantar nada si no lo ha leído. ¿Conoce por lo menos La revolución de las agujas?

–Tampoco, no es que sea muy apasionado a la lectura.

–Pero vamos a ver –la mujer depositó el pistacho que acababa de atrapar de nuevo en la bolsa, visiblemente afectada–. Usted no lee, no se interesa por las leyes de su país. Qué es, ¿uno de esos señores raros con guardapolvo blanco que se maravillan con el volar de las mariposas? ¿Se puede saber qué hace en su tiempo libre? Si lo tiene, claro.

–Bueno, tengo dos hijos que requieren mucho esfuerzo y dedicación –replicó el otro, hinchando el pecho–. Mi hija, de nueve años, juega a waterpolo, mientras que mi hijo, de siete, hace tiro con arco. Hay que llevarlos a sus respectivas competiciones, acompañarlos en las entregas de medallas, llevarlos al cine con sus compañeros... Todo el mundo coincide en que su esfuerzo y dedicación son superlativos, pero nadie se da cuenta del trabajo que los padres...

–No le he ofrecido, ¿quiere un pistacho? –la mujer aprovechó para seguir hablando mientras el hombre parpadeaba repetidas veces, confundido–. Todo eso suena muy apasionante, pero le he preguntado sobre su tiempo libre. El tiempo libre es para hacer lo que a uno le plazca. El tiempo libre se disfruta. ¿Cuándo fue la última vez que se regocijó con sus hijos?

Tras unos minutos en los que solo el viento tuvo sonidos que aportar y los coches ambientes que embardunar, por fin la conversación se volvió a reanudar.

–¿De qué trabaja? –preguntó el hombre, con voz tenue y apagada.

–Bueno, de cualquier cosa. Los del ayuntamiento me suelen llamar a finales de mes para que me ocupe de las amapolas de los Jardines del Oeste, aunque siempre acabo arreglando también los tulipanes, ya que estamos –tiró las cáscaras de varios frutos secos al contenedor para poder enumerar mientras hablaba–. También ayudo los jueves a los del mercadillo a poner sus puestos y al colegio de monjas de la calle Villacorza cuando tienen excursiones. De hecho, trabajé en ese centro todo el año pasado como sustituta del profesor de ética.

–¿Profesora de ética? ¿Usted?

–¡Ni lo dude! Puse en marcha un experimento por el que los primeros quince minutos de todas las clases los alumnos estaban invitados a pararse, cerrar los ojos, hacer silencio y reflexionar sobre sus vidas. Los primeros meses me llamaron la atención desde dirección por incumplir la programación, pero en cuanto vieron los resultados me dejaron en paz –se encogió de hombros–. Este año el profesor titular se recuperó de la depresión que tenía (ética y depresivo, ya me lo explicará usted) y, bueno, volví a mis quehaceres ocasionales. ¿A qué se dedica usted?

–Yo trabajo en la oficina de una empresa internacional que se ocupa de la exportación de monocultivos, como maíz y trigo, por todo el mundo, aunque

principalmente nos centramos en Europa y el norte de África. Yo soy el jefe de la sección que controla el sur del continente: Grecia, Italia, Albania...

–¿Y ya lo disfruta? –preguntó la mujer mientras mordisqueaba a una nueva víctima.

–Bueno, tengo la libertad de hacer lo que quiera...

–Ah, la libertad. Yo también soy libre, si me lo pregunta –negó con la cabeza y volvió a tomar la palabra ante el silencio del hombre–. No le voy a preguntar si sabe quién es el psicólogo Viktor Frankl porque seguro que no, pero le diré que él definía la libertad como esa capacidad que todos poseemos de elegir nuestra actitud ante cualquier situación que no dependa de nosotros y que además nadie nos la puede arrebatar. Oiga, ¿seguro que no quiere un pistacho? Le noto callado.

–No, por favor, siga.

–El tema es que yo creo que se equivocaba: los únicos que nos podemos privar de libertad somos nosotros mismos. Somos nosotros los que somos capaces de bloquearnos en nuestro interior e impedir que seamos libres, libres de disfrutar de la vida, de los grandes placeres, de las pequeñas cosas. Entorpecer que seamos felices, aspecto en el que coincidirá conmigo que es lo que anhelamos todas las personas. Los únicos que determinan si somos libres o no no son otros que nuestras personas...

Solo cuando las nubes cubrieron el cielo, el sol se retiró de la bóveda celeste, las farolas se encendieron y la oscuridad nocturna y los vientos se interpusieron entre el hombre y la mujer, volvieron las palabras a surgir entre ellos.

–Disculpe, ¿no sabrá qué hora es? –volvió a comenzar el hilo conversacional el hombre.

–Justo en eso estaba pensando cuando me ha preguntado que qué estaba haciendo –la mujer escudriñó las opacas estrellas, dubitativa–. Hoy no estoy muy certera, por lo del cambio de horario y eso, pero diría que son entre las nueve y cuarto y las nueve y media. No sé.

Una serie de improperios acompañados por un chasquido de dedos notablemente efusivo fue lo único que obtuvo por respuesta.

–¿Se encuentra bien?

–Había quedado con el jefe de Europa del Este a las ocho –se justificó el hombre–. Pero no importa, he disfrutado de la conversación con usted; tengo mucho en lo que pensar.

–Me alegro –respondió la otra, mientras tomaba los últimos pistachos de la bolsa.

–Siento tener que despedirme, pero de lo contrario mi mujer y mis hijos se van a preocupar. ¿Pasa por aquí todos los jueves a la misma hora?

–Sí, me gusta pasear mordisqueando frutos secos. ¿Sabe usted cuánta vitamina E tienen los pistachos? Casi resultaría mejor para nuestra dieta dejar de asesinar terneras y asaltar tiendas de consumibles, el medioambiente lo agradecería, se lo aseguro.

–Bueno. Pues resulta extraño, siempre bajo a tirar la basura a la misma hora y nunca había reparado en usted...

–¿Seguro que no está llevando a su hijo a los partidos de waterpolo? –preguntó la mujer levantando una ceja.

–No, compite los sábados, y es mi hija la que juega a waterpolo –el hombre ofreció la mano derecha para estrechársela a la mujer, acto que le valió un choque de palmas–. Espero verle pronto, ¡pase buena noche!

El hombre partió a la carrera, con su zarca camisa ondeando al roce con el viento. La mujer suspiró y dejó caer las últimas cáscaras en el contenedor, antes de soltar el pedal y dejar que sus tapas por fin se fundiesen en el anhelado encuentro. Se acercó al depósito amarillo para deshacerse de la bolsa de plástico, pero tras un instante de indecisión pasó de largo y subió a la acera. Escasos momentos después el hombre se detuvo en seco, giró sobre sus talones y contempló el lugar donde la asombrosa conversación había tenido lugar, pues aún quería hacerle una última pregunta a la insólita mujer, pero esta se alejaba ya jugueteando con los agujeros de la bolsa como una niña disfrutando con un juego de cuerdas...